

El don de fortaleza (3)

El don de fortaleza es un hábito sobrenatural que robustece al alma para practicar, por instinto del Espíritu Santo, toda clase de virtudes heroicas con invencible confianza en superar los mayores peligros o dificultades que puedan surgir.

Es una disposición habitual que pone el Espíritu Santo en el alma y en el cuerpo para hacer y sufrir cosas extraordinarias, para emprender las acciones más difíciles, para exponerse a los daños más terribles, para superar los trabajos más rudos, para soportar las penas más horribles; y esto constantemente y de una manera heroica.

La Escritura

El libro de Job afirma que la vida del hombre sobre la tierra es un servicio militar (Jb 7,1). Toda existencia humana se encuentra, en cierto momento frente a dificultades insuperables. La única solución es recurrir a la fuerza de Dios. Los anales del pueblo de Dios se presentan como un largo relato atravesado por continuas intervenciones divinas. Esto aparece en la vocación de Moisés, enviado al Faraón para cumplir una tarea que supera sus fuerzas y a quien Dios responde: “Yo estaré contigo”. La Fuerza del Espíritu se evoca especialmente en las vocaciones de los jueces: “El Espíritu de Yahvé invadió a Gedeón; él tocó el cuerno, y Abiezer se reunió con él” (Jue 6,34). Aunque no se utiliza directamente la palabra fuerza, sí se habla de un espíritu poderoso, que capacita para ponerse al frente de un pueblo y reunir un ejército. “El espíritu de Yahvé vino sobre Jefte, que recorrió Galaad y Manasés, pasó por Mispá de Galaad, y de Mispá de Galaad paso donde los ammonitas” (Jue 11,29). Y Jefte ganó la batalla. “El espíritu del Señor invadió a Sansón y, sin tener nada en la mano, Sansón despedazó al león como se despedaza un cabrito” (Jue 14,6).

Estas expresiones se repiten en los profetas. “Yo estoy lleno de fuerza, por el espíritu de Yahvé”, afirma Miqueas (3,8). Esta fuerza a veces, se contrapone a la fuerza humana: “Esta es la palabra de Yahvé a Zorobabel: “No por el valor ni por la fuerza, sino sólo por mi espíritu”, dice Yahvé Sebaot” (Zac 4,6).

En el Nuevo Testamento encontramos algunos pasajes fundamentales. El anuncio del ángel a María: “El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”, donde *poder* es *dynamis* en la versión griega, o sea, “fuerza” (Lc 1,35). Lucas termina su libro repitiendo la misma mención: “Miren, yo (Jesús) voy a enviar sobre ustedes la Promesa de mi Padre. Por su parte, permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos de poder desde lo alto” (24,49). El tema de la fortaleza vuelve a aparecer al comienzo de los *Hechos de los Apóstoles*: “Recibirán la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre ustedes, y serán mis testigos en Jerusalén” (1,8).

Según la tradición esta fuerza se recibe en el sacramento de la confirmación (hacer firmes, hacer fuertes). Y el mismo Jesús afirma: “Si por la virtud (fuerza) del Espíritu de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a ustedes el reino de Dios” (Mt 12,28).

La fortaleza divina

El don de fortaleza es necesario para la perfección de las virtudes infusas, especialmente la del mismo nombre y a veces para permanecer en estado de gracia.

“La fortaleza natural o adquirida robustece el alma para sobrellevar los mayores trabajos y exponerse a los mayores peligros (como vemos en muchos héroes paganos), pero no sin cierto temblor o ansiedad, nacido de la clara percepción de la flaqueza de las propias fuerzas, únicas con que se cuenta. La fortaleza infusa se apoya en el auxilio divino (que es omnipotente e invencible), pero se conduce en su ejercicio al modo humano, o sea, según la regla de la razón iluminada por la fe, que no acaba de quitarle del todo al alma el temor y temblor. El don de fortaleza, en cambio, le hace sobrellevar los mayores males y exponerse a los más inauditos peligros con gran confianza y seguridad, por cuanto la mueve el propio Espíritu Santo no mediante el dictamen de la simple prudencia, sino por la altísima dirección del don de consejo, o sea, por razones enteramente divinas” (Juan de Santo Tomás).

PERFECCIONA LAS VIRTUDES INFUSAS. Una virtud se puede llamar perfecta cuando brota del alma con energía, prontitud y perseverancia. El heroísmo continuo es francamente sobrenatural, un acto del don de fortaleza.

PERFECCIONA LA VIRTUD DE FORTALEZA. Aunque la virtud de fortaleza tiende a fortalecer el alma contra toda clase de dificultades y peligros, no lo acaba de conseguir del todo mientras permanezca sometida a la razón iluminada por la fe. El don del Espíritu le arranca de cuajo todo motivo de indecisión o temor con una confianza y seguridad inquebrantables. “Claro está que la virtud de la fortaleza se extiende a los mismos objetos que el don, pero a pesar de ello deja en el alma cierta flaqueza. Para vencer las dificultades, desafiarse los peligros, soportar la adversidad, se funda la virtud, en parte, en los recursos humanos y, en parte, en los sobrenaturales y divinos. Sólo que, siendo meramente virtud, no posee nunca completamente estos últimos y obra siempre de modo humano. Esta importancia de la virtud de la fortaleza la suple el don quitando al hombre aquella duda instintiva, la nativa flaqueza, que la virtud no consigue nunca vencer por completo. Para este fin se vale de la fortaleza de Dios, como si fuera la suya, o, más bien, el Espíritu Santo es quien por su moción nos reviste de su poder y nos ayuda a tender enérgica, constantemente y sin temor hacia nuestro fin”(Schrijvers).

AYUDA A PERMANECER EN ESTADO DE GRACIA. Hay ocasiones en que el dilema se plantea de modo repentino e inexorable. El heroísmo o el pecado mortal. En estos casos no basta la simple virtud de la fortaleza. Precisamente por lo violento e inesperado de la tentación es necesaria la intervención de los dones del Espíritu.

“Este don, es extremadamente necesario en ciertas ocasiones en las que se siente uno combatido por tentaciones apremiantes a las que, si se quiere resistir, es preciso resolverse a perder los bienes, el honor o la vida. En estos casos, el Espíritu Santo ayuda poderosamente con su consejo y su fortaleza al alma fiel, que, desconfiando de sí misma y convencida de su debilidad y de su nada, implora su auxilio y pone en Él toda su confianza.

En estos trances, las gracias comunes no son suficientes; se precisan luces y auxilios extraordinarios. Por esto, el profeta enumera juntamente los dones de consejo y de fortaleza, el primero para iluminar el espíritu, y el otro para fortalecer el corazón” (Lallemant).

Los efectos del don de fortaleza

Al don de fortaleza, según san Agustín corresponde la cuarta bienaventuranza: “Felices los que tienen hambre y sed de santidad, porque ellos serán saciados”. Es por esto que sus frutos privilegiados son la paciencia y la longanimidad.

1. **Proporciona al alma una energía inquebrantable en la práctica de la virtud.** El alma no desfallece en el ejercicio de la virtud. Aunque sienta el peso del día y del calor, sigue adelante a pesar de las dificultades. Como lo describe Santa Teresa: “Digo que importa mucho, y el todo, **una grande y muy determinada determinación** de no pasar hasta llegar a ella (la perfección), venga lo que venga, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo”. El P Meynard resume muy bien los efectos de esta energía: “Los efectos del don de fortaleza son interiores y exteriores. El interior es un vasto campo abierto a todas las generosidades y sacrificios, que llegan con frecuencia al heroísmo; son luchas incesantes y victoriosas contra las sollicitaciones de Satanás, contra el amor y la rebusca de sí mismo, contra la impaciencia. En el exterior son nuevos y magníficos triunfos obtenidos por el Espíritu Santo contra el error y el vicio; y también nuestro pobre cuerpo, participando de los efectos de una fortaleza verdaderamente divina entregándose con ardor, ayudado sobrenaturalmente, a las prácticas de mortificación o sufriendo sin desfallecer los más crueles dolores. El don de fortaleza es, pues, verdaderamente el principio y la fuente de las grandes cosas emprendidas o sufridas por Dios”.
2. **Destruye por completo la tibieza en el servicio de Dios.** La tibieza es la tuberculosis del alma que paraliza para el servicio de Dios. Obedece a la falta de energía y fortaleza en la práctica de la virtud. La mayoría de los hombres renuncian a la lucha en el cumplimiento fiel del deber en los mínimos detalles desfalleciendo de cansancio, renunciando a la lucha y entregándose a una vida rutinaria,

mecánica y sin horizontes. Otros directamente abandonan completamente el camino de la virtud. Solamente el don de fortaleza es el remedio para destruir en absoluto la tibieza en el servicio de Dios.

3. **Hace al alma intrépida y valiente ante toda clase de peligros o enemigos.** Los apóstoles miedosos que habían abandonado a Jesús después de recibir el Espíritu Santo lo predicaban abiertamente desafiando a judíos y romanos. Son apaleados y afrentados y están contentos de haber sufrido por el nombre de Jesús (Hch 5,41). Todos confesaron al maestro con el martirio. Después de ellos son innumerables los ejemplos en las vidas de los santos. Baste pensar en las dificultades de Sana Catalina de Siena para hacer regresar al Papa a Roma desde Aviñón, Santa Teresa para reformar su Orden o Santa Juana de Arco para luchar con las armas contra los enemigos de Dios y de su patria.
4. **Hace soportar los mayores dolores con gozo y alegría.** La resignación es una virtud imperfecta. Los santos no la conocen. No se resignan ante el dolor, salen a buscarlo voluntariamente hasta manifestarlo en la búsqueda de penitencias increíbles. En medio de todo esto el alma está radiante de alegría, aunque padezcan los mayores sufrimientos, enfermedades y dolores. Decía Santa Teresita: “He llegado a no poder sufrir porque me es dulce todo padecimiento”.
5. **Proporciona al alma el “Heroísmo de lo pequeño”, además del heroísmo de lo grande.** “La vida religiosa es un verdadero martirio. Las almas de los santos encuentran en ella abundante cosecha de sacrificios crucificantes, en los que el mérito puede igualar y aun sobrepasar el martirio de sangre. A condición de que no se deje pasar ninguna ocasión de mortificar la naturaleza y de entregarse sin reserva a las exigencias del amor. Dios sabe descubrir, para cada alma, en el marco de su vocación, el camino del calvario, que la conducirá sin rodeos hasta la configuración perfecta con el Crucificado. La sola práctica –absolutamente fiel- de una regla religiosa aprobada por la Iglesia bastaría para encaminar las almas hacia las más altas cumbres de la santidad. Por eso decía el papa Juan XXII: “Dadme un dominico fiel a su regla y constituciones y, sin más milagros, le canonizaré”. Lo mismo podría decirse de la legislación del Carmelo o de toda otra forma de vida religiosa. El perfecto cumplimiento del deber oscuro exige el ejercicio cotidiano del don de fortaleza. No son las cosas extraordinarias las que hacen a los santos, sino la manera divina de cumplirlas. Este “Heroísmo de la pequeñez”, del que Santa Teresita del Niño Jesús es, acaso, el ejemplo más brillante en la Iglesia, encuentra una nueva forma de realización en la Carmelita de Dijón. Las mortificaciones extraordinarias le estuvieron siempre prohibidas, y las suplió con una fidelidad heroica a las menores observancias de su Orden, sabiendo encontrar en su regla del Carmelo “la forma de su santidad” y el secreto de “dar su sangre gota a gota por la Iglesia hasta su agotamiento”.

El don de fortaleza, en efecto, en contra de lo que se cree comúnmente, consiste menos en emprender con valor grandes obras por Dios que en soportar con paciencia y con la sonrisa en los labios todas las crucifixiones de la vida. Esta fortaleza de alma brilla en los santos a la hora del martirio y en la vida de Jesús en el momento de su muerte en la cruz. Juana de Arco es más fuerte sobre su hoguera que en su entrada victoriosa en Orleáns al frente de su ejército” (Philipón).

Vicios opuestos

A la fortaleza se oponen el **temor desordenado o timidez** y la **flojedad natural** que proviene del amor a la propia comodidad. “Mil temores nos asaltan en todo momento – escribe Lallemand- nos asaltan en todo momento y nos impiden avanzar en el camino de Dios y hacer multitud de bienes que haríamos si siguiéramos la luz del don de consejo y si tuviéramos el ánimo y valor que proviene del don de fortaleza; pero tenemos demasiados puntos de vista humanos y todo nos hace miedo. Tememos que un empleo que la obediencia quiere darnos constituya un fracaso, y este temor nos lleva a rehusarlo. Tenemos miedo de arruinar nuestra salud, y esta aprehensión hace que nos limitemos a un pequeño y cómodo empleo, sin que ni el celo ni la obediencia puedan determinarnos a hacer algo más. Tenemos miedo de molestarnos, y este miedo nos aleja de las penitencias corporales o nos las hace usar con demasiada parsimonia. No se puede decir de cuántas omisiones nos hace culpables el miedo. Son muy pocas las personas que hacen por Dios y por el prójimo todo cuanto podrían hacer. Es preciso imitar a los santos, no temiendo más que al pecado, como San Juan Crisóstomo; enfrentándonos con toda clase de riesgos y peligros, como San Francisco Javier; deseando afrentas y persecuciones, como San Ignacio”

Medios para fomentar el don de Fortaleza

1. Acostumbrarnos al cumplimiento exacto del deber a pesar de todas las repugnancias
2. No pedir a Dios que nos quite la cruz, sino únicamente que nos dé fuerza para sobrellevarla santamente.
3. Practiquemos, con valentía o debilidad, mortificaciones voluntarias.
4. Busquemos en la Eucaristía la fortaleza para nuestras almas.

Alejandro Ferreirós